

Daniel Omar Ruiz

Mientras pueda mirarte

Mención especial del Quinto Concurso Literario Gramma

Y no te perderé
mientras pueda mirarte
con esta luz de eternidad
mientras pueda mirarte sin lágrimas
nombrarte
recobrarte en un aire que no muere

I

La muerte cabe
entre las flores de un espliego o en el aroma
verde del asombro.

La muerte cabe en un dedal
en un pocillo de café
o en aquellos caracoles
que juntábamos de niños.

Niños descalzos con costras en los dedos.
Niños desnudos con la luna en los tobillos.
Niños de petróleo, de escamas, de duraznos.
Niños hermosos de ebriedad
que arreciaban un ejército de uñas.

Yo he sido parte de ese coro
que un sesgo arrebató en la
madrugada.

II

Después quemamos los días de la infancia
como un muñeco en la hoguera de San Juan.
Nos corrieron la ruina y el atajo
cerrado en el desvío de una boca.
Y nos vencieron los rostros de la lluvia
la parra, los sarmientos, la indecencia.

Hombres descalzos con tierra en las costillas.
Hombres desnudos con viento en los postigos.
Hombres de carne, de yeso, de abalorio.
Hombres abortados, riesgos de la noche.

¿De qué hablaremos ahora
si la muerte quema las distancias?

III

No hay niños en la arena
madre
porque pintamos el mar con una barra de azufre
y desde entonces la muerte tiene nombres.

¿De qué sirvieron las plegarias
y el ángel guardián colgado en la pared?
¿De que sirvieron los rosarios, las promesas
y el conjuro pronunciado en el declive del adiós?

La muerte
es una mancha de humedad
sobre tu cuello.
Un terror de azúcar.

Una pluma.
La textura de un limón
entre las sábanas.

La muerte es una reina
deslumbrada y deslumbrante,
vestida de magnolia y sin corpiños.

Ya no hay niños en la playa
madre.
Sólo quedan caries en la sal.

IV

¿De qué sirvieron los ramos de olivo,
y el agua bendita en las muñecas?
¿De qué sirvieron los gajos de naranja
y el cristal de una pirámide en la almohada?

Puedes volver con la pulpa de un damasco,
volver con la turgencia del lirio
que alumbra fortalezas
porque no hay desierto.

Y podemos estirar la tarde con glicinas
escondernos del relámpago
y armar otro horizonte.

Tal vez ahora
podamos hablar de la guerra
de los ruidos, de la casa, de tu historia
de esa niña que habitaba tu cansancio.

Y hablar de laberintos, de gestos y de sueños
del amor sublime como una miga de pan
del rosal que destrozaron las hormigas
y de ese único dolor impronunciable.

Y podamos hablar de las cartas, de los dijes
de las cuentas por saldar o de la escuela
del perro que aún te busca y te descubre
cuando silban de silencio los malvones.

Entonces puedo mirarte
madre.

Confinada
desertora
matriz del día.

V

Pero no fue la muerte
quien se apiadó de esta orfandad.
No fue la muerte
escrita

ilesa
vapuleada.

No fue la muerte
que ronda en el sigilo
del mar que no es el mar desde tu ausencia.

Es un milagro de poesía el que trae
para poder mirarte.

Mirarte
hasta ser polen en tus ojos.

Mirarte
hasta encontrarme en tu mirada.

Mirarte, madre
pródiga de arrugas
juntando caracoles en la arena.

Y entonces
la eternidad nos pertenece.

